

verificar un desembarco, operacion de guerra muy difícil de ejecutar; que la única intencion que entonces tenia, era de que la Inglaterra tuviese entendido que trataba de atacarla directamente, para conseguir lo cual no vacilaria en arriesgar su vida, gloria y fortuna, y que sino recababa del gabinete británico sacrificios razonables tomaria su partido, completaria la escuadrilla de Boloña hasta cien mil hombres, y él mismo se pondria al frente de ella, para correr los azares de una operacion terrible pero decisiva.

Apelando á la opinion de Inglaterra y aun de Europa, ademas de las notas que pasó á los ministros ingleses por conducto de su plenipotenciario, insertó en el *Monitor* artículos dirigidos á todo el público europeo. En aquellos artículos, modelo de polémica franca y apremiante, que él mismo escribía y se leían en todas las naciones, lisonjaba á los ministros ingleses, diciendo que eran hombres dotados de prudencia, juicio y de buena intencion; pero que los intimidaban con sus violencias los ministros caidos, tales como Mr. Pitt, y sobre todo, Windham, á quien trataba sin piedad, considerándole como el jefe del partido de la guerra. Por lo demas, procuraba tranquilizar á la Europa acerca de la ambicion de la Francia, formando empeño por demostrar que sus conquistas apenas eran un equivalente de las que habian hecho Prusia, Austria y Rusia cuando la division de la Polonia; que sin embargo, habia devuelto mucho mas territorio del que habia retenido; que la Inglaterra en cambio debia restituir gran parte de sus conquistas; que conservando el continente de la In-

dia se enseñoreaba de un imperio soberbio, comparadas con el cual nada venian á ser las islas, cuya posesion se ventilaba, que no valian la pena de que por ellas se vertiese mas sangre humana; que si Francia tenia tanto empeño en esto, era por un principio de honor, por defender á sus aliados, y cuando mas, por tener en aquellos remotos mares un punto donde hacer escala; que por lo demas, en caso de que continuase la guerra podria conquistar Inglaterra algunas otras colonias, pero que ya tenia mas de las que necesitaba para su comercio; que Francia podia sin ir muy lejos apoderarse de territorios que valian mucho mas, y que no nombraba porque era fácil saber cuales eran, puesto que sus tropas ocupaban á Holanda, Suiza, el Piamonte, Nápoles y Portugal, y por último, que podia simplificarse la lucha y hacerla menos onerosa para las demás naciones, reduciéndola á un combate singular entre Francia é Inglaterra. Guardábase muy bien el general en sus escritos de ofender el orgullo británico; pero daba á entender que en último caso apelaria á un desembarco, y que si los ministros ingleses querian que la guerra acabase con la destruccion de una de las dos naciones, no habia un francés que no estuviese dispuesto á hacer un esfuerzo de vigor para poner término á tan larga reyerta en gloria y provecho de Francia. ¿Pero á qué colocar la cuestion en estos términos? decia; ¿por qué no hemos de trabajar porque cesen los males que afligen á la humanidad? ¿qué se consigue con arriesgar de este modo la suerte de dos grandes pueblos?—Y terminaba una de sus alocuciones



con las siguientes bellísimas palabras que algún día debían tener una aplicación demasiado triste para sí mismo; «¡dichosas, esclamaba, dichosas las naciones que llegan á tal grado de prosperidad y tienen á su frente gobiernos tan sabios que no van á esponer tantas ventajas al capricho y las vicisitudes de la fortuna!»

Estos artículos, notables por su vigorosa lógica y su estilo apasionado, llamaban la atención general, causando en Francia y fuera de ella, profunda sensación, por que ningún gobierno hasta entonces, había hablado con tanta franqueza.

El lenguaje del primer consul, y los armamentos que se hacían en las costas de Francia, produjeron gran efecto allende la Mancha, y como aquel había declarado formalmente que nunca concedería á Malta, el gobierno británico respondió, que renunciaría á ella siempre que fuese restituida á la órden de San Juan de Jerusalén, y le dejasen el Cabo de Buena Esperanza. Por lo demás, que tampoco insistiría en que le diesen la posesión de la Trinidad ni de la Martinica, con tal que obtuviese parte del continente holandés de América, es decir Demerari, Berbice ó Essequibo.

El abandono de Malta era un paso á favor de la negociación, pero el primer consul insistió en no ceder ni á Malta, ni el Cabo, ni las posesiones continentales que los holandeses tenían en América, alegando para ello, que Malta debía considerarse como una compensación del Egipto cedido á los franceses; pero como esto no se verificaba, los ingleses no debían pensar ni en Malta ni en ninguna otra posesión que equivaliera á esta.

Entonces, el gabinete inglés dejó de insistir en reclamar la posesión de Malta y del Cabo, como compensación de aquella isla, ciñéndose á pedir una de las grandes Antillas, pero no atreviéndose á hablar de la isla francesa la Martinica, solicitó la isla española Trinidad.

El primer consul no quería cederla, porque era una colonia española que facilitaba á los ingleses el paso para el vasto continente de la América del Sur, y llevó su lealtad para con la alhada de la Francia, hasta el punto de ofrecer en rescate de la Trinidad la isleta francesa de Tabago, que aunque de no mucha importancia, debía interesar á la Inglaterra, porque todos los dueños de plantíos allí, eran ingleses. Con noble orgullo, que solo es dado abrigar al que ha colgado su país de gloria y de grandeza, añadió el primer consul: «es una colonia francesa, y esta adquisición deberá halagar el orgullo británico, pues al fin obtiene uno de nuestros despojos coloniales, gracias al deseo que tiene la Francia de que se celebre la paz (1)».

(1) El ministro de negocios extranjeros á Mr. Otto, comisario de la república francesa en Londres:

20 thermidor año 9 (8 de agosto 1801).

Por lo que hace á América; medita las siguientes observaciones como complemento á las perentorias que contiene la nota.

El gobierno británico pide se le permita quedarse con una de las islas que ha adquirido hace poco en las Antillas, so pretexto de que es necesario para que pueda conservar sus antiguas posesiones. Bajo ningún aspecto puede estar comprendida en semejante conveniencia la isla de la Trinidad, y así no discutais acerca de esto, porque la Trinidad sería por la posición que ocupa, no un medio de defensa para las colonias inglesas, sino un medio de ataque contra el continente español, y su adquisición sería para el gobierno británico, de una importancia que no es posible calcular. La discusión solo debe girar sobre Curazao, Tabago, Santa Lucía, ó al-



Esto sucedía á fines de julio y principios de agosto de 1801, y mientras tanto una y otra nacion hacian grandes preparativos en sus costas, reinando la mayor actividad en Inglaterra. Sus milicias se hallaban en continuo ejercicio; construianse carros para transportar las tropas en posta al punto amenazado, y los periódicos ingleses del partido de la guerra, usaban un lenguaje violento llegando algunos cuya redaccion, segun parece, recibia inspiraciones de Mr. Wladham, á invitar al pueblo inglés contra Mr. Otto y los prisioneros franceses. Al momento pidió sus pasaportes el comisario de la república, y el primer consul mandó insertar sin detencion en el *Monitor* reflexiones que eran otras tantas amenazas.

Lord Hawkesbury acudió á casa de Otto, hizo esfuerzos para detenerle, y aunque con mucho trabajo, lo consiguió, dándole esperanzas de que pronto habria un acomodamiento. Sin embargo, despierta al parecer la animosidad nacional, temíase un rompimiento, y aunque todos los hombres de juicio de Inglaterra, procuraban evitarlo, nadie confiaba en el buen éxito de sus esfuerzos, porque el primer consul se obstinaba en no ceder á nin gun precio las posesiones de sus aliados, y los ingleses insistian en sus pretensiones.

guna otra isla de la misma especie, pues aunque estas dos últimas son francesas, tal vez abandonaria á una de ellas el gobierno, siendo de creer que halagaría el orgullo nacional en Inglaterra, conservar uno de nuestros despojos coloniales. Creo innecesario decirlo, ciudadano, que ensalzéis el valor de las islas cuya cesion quizá otorgariamos, y particularmente de Tabago, la cual pertenecía no ha mucho á los ingleses, siendo habitada únicamente por colonos hijos de la misma nacion, de suerte que es enteramente inglesa. Además su suelo es nuevo aun y su comercio puede adquirir un gran desarrollo.

Pero mientras defendía con tanta generosidad las colonias españolas, el príncipe de la Paz, con la inconsecuencia propia de un favorito frívolo y presuntuoso, inducía á su soberano á que con su malhadada conducta rompiese los vínculos de amistad que unia al primer consul con España.

No habrán olvidado nuestros lectores que el señor Pinto, enviado de Portugal, llegó al cuartel español, dispuesto á someterse á lo que España y Francia tuviesen á bien. El príncipe de la Paz tenia mucho deseo de terminar una campaña cuyo principio habia sido tan brillante y facil; pero cuya continuacion podia presentar dificultades que sólo podría salvar auxiliado por los franceses, porque si por ejemplo, era preciso ocupar á Lisboa ó á Oporto, nuestros soldados tenian por necesidad que tomar parte en semejante ocupacion, pudiendo convertirse un hecho de armas de mera ostentacion, en un negocio formal que exigiese la concurrencia de otro cuerpo de tropas francesas. Previendo el primer consul esa misma necesidad, mandó que se pudiesen en marcha para la península diez mil hombres mas, con lo cual iban á ser veinte y cinco mil los franceses que entonces se hallasen en España, y el príncipe de la Paz, que habia llamado á nuestros soldados sin reflexionar lo que hacia, se asustaba de su presencia inconsideradamente. Sin embargo, habian observado la mas rigurosa disciplina, y tratado al clero, las iglesias y ceremonias del culto con un respeto que no acostumbraban tener y que solo podia infundirles el general Bonaparte. Empero la corte española al verlos cerca de sí, manifestaba un temor que rayaba en pueril y ridiculo, sin



tener en cuenta que, ó no debió llamarlos, ó ya que lo hizo, debia valerse de ellos para conseguir lo que se habian propuesto, que nunca pudo ser dispersar algunas cuadrillas portuguesas, hacer que pagase Portugal algunos millones, ó cerrar á los buques ingleses sus puertos. Lo convenido entre los gobiernos de París y de Madrid, el objeto que ambas naciones se habian propuesto era apoderarse de prendas de valor que pudieran servir para arrancar á los ingleses las restituciones que no querian hacer, y para ello era preciso ocupar ciertas provincias de Portugal, especialmente aquella de que era capital Oporto, por que el medio mas seguro de obrar sobre el gabinete británico era herir en sus intereses á los grandes comerciantes de la Cité que egercian un comercio muy activo con Oporto. Sin embargo, á pesar de todo lo estipulado, al principe de la Paz se le antojó aceptar las condiciones de Portugal, y contentarse con la plaza de Olivenza para España, con quince ó veinte millones para Francia, y para las dos potencias aliadas con que quedasen cerrados los puertos de Portugal para los buques ingleses tanto de guerra como mercantes. Con tales condiciones la campaña que acababa de hacerse, venia á ser un pasatiempo inventado para distraer á un favorito harto de favores régios, y que buscaba la gloria militar por caminos ridiculos, como convenia á su caracter insustancial y veleidoso.

El principe de la Paz invocó para conseguir la admision de las condiciones de Portugal los sentimientos generosos de sus soberanos, quienes, preciso es decirlo, ó se conmovian demasiado

tarde ó demasiado pronto; y además manifestó lo temible que era la presencia de los franceses, temor, preciso es decirlo tambien, tardio y quimérico, porque á nadie podia ocurrírsele que quince mil franceses quisiesen conquistar á España, ó prolongar su estancia en ella con miras alarmantes. Todo esto suponía proyectos que ni aun en germen existian en la cabeza del primer consul, y que solo formó este de resultados de sucesos extraordinarios, que ni él ni nadie preveía entonces: á la sazón solo queria aquel una cosa; arrancar á la Inglaterra una isla mas, y esa isla era española.

Al aceptar las condiciones propuestas por la corte de Lisboa, que consistian únicamente en conceder á los españoles la plaza de Olivenza, veinte millones á los franceses, y la esclusion del pabellon inglés de los puertos de Portugal, sacaron dos copias del tratado para que España firmase una y otra Francia. El principe de la Paz firmó la destinada á su corte en Badajoz, porque todo lo que vamos contando sucedia en aquella ciudad, y el rey ratificó el tratado mientras Luciano envió á Francia ya firmada por él la otra copia para que su hermano lo ratificase por su parte.

El primer consul recibió aquellas comunicaciones precisamente cuando reinaba el mayor calor en las negociaciones de Londres, siendo fácil adivinar la irritacion que de él se apoderaria. Aunque queria mucho á todos los individuos de su familia, en términos que su cariño rayaba muchas veces en debilidad, usaba con los estraños de mas tolerancia y condescendencia que con sus



mismos parientes, por manera que se dejó llevar de su furia contra Luciano, lo cual debe perdonarsele mediando como mediaba tan justo motivo.

Creyendo, sin embargo, que el tratado no se llevaría á efecto, espidió á Badajoz correos extraordinarios, con pliegos en que se anunciaba que la Francia no quería ratificarlo. Pero cuando los correos llegaron á la península, ya Carlos IV había ratificado el tratado, y era irrevocable el compromiso. Luciano se consternó mucho al ver el papel embarazoso y hasta humillante que le estaba reservado en España, en vez del honroso y brillante que había esperado representar en esta nación, y llevado de su mal humor, cosa muy frecuente en él, respondió á la cólera de su hermano, enviando su dimisión al ministro de negocios extranjeros. El príncipe de la Paz por su parte tomó un tono arrogante, y usó un lenguaje ridiculo y poco meditado, tratándose de un hombre como el que entonces gobernaba la Francia.

El imprudente favorito anunció desde luego que iban á cesar las hostilidades contra Portugal, pidió despues que los franceses saliesen de España, y hasta añadió á esta declaración, que si pasaban la frontera de los Pirineos nuevas tropas esto se consideraría como violacion de territorio, reclamando ademas la restitution de la escuadra encerrada en Brest y la pronta conclusion de la paz general, para que se disolviese cuanto antes una alianza que iba haciéndose gravosa para la corte de Madrid (1). Esta conducta era tan fuera de propósito como contraria á los verdaderos in-

(1) Ncta de 26 de julio.

tereses de España, pero es preciso decir sin embargo, que la desgracia de haber perdido dos navios traia consternada á la nacion, contribuyendo no poco á esa muestra de enfado tan intempestiva y perjudicial á la politica de los dos gabinetes.

Irritado mas y mas el primer consul respondió sin detencion que los franceses permanecerian en la península hasta que Francia celebrase con Portugal un tratado especial de paz; que si el ejército del príncipe de la Paz daba un solo paso para acercarse á los quince mil franceses que se hallaban en Salamanca, consideraría esto como una declaración de guerra; y que si á un lenguaje tan poco oportuno iba á añadirse algun acto hostil, llegaría para la monarquía española su última hora (1). Al mismo tiempo previno á Luciano re-

(1) El primer consul escribia notas breves y fuertes que tenían por objeto facilitar el pensamiento de las instrucciones que sus ministros debían transmitir á los embajadores, y hé aqui la que se envió al gabinete de negocios extranjeros para que con arreglo á ella se redactase el pliego que debía espedirse á Madrid, Mr. Caillard habia reemplazado á Mr. de Talleyrand que habia marchado á los baños.

AL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

21 de mesidor, año IX (10 de julio de 1801.)

Ciudadano ministro: Decid al embajador de la república en Madrid que debe trasladarse á la corte y desplegar en ella el carácter que se necesita en estas circunstancias, manifestando al gabinete español:

Que he leído el billete del general príncipe de la Paz, y que es tan ridiculo que ni siquiera merece una contestacion seria, pero que si el mencionado príncipe, que está vendido á la Ingla-



gresase á Madrid, y esperase allí órdenes valiéndose de su carácter de embajador, lo cual bastaba para intimidar y contener al indigno cortesano que comprometía con tanta ligereza los intereses de mayor importancia que se ventilaban en el universo. Efectivamente, escribió á poco cartas de sumision y respeto á fin de congraciarse de

terra hocce que el rey y la reina tomen medidas que puedan redundar en descrédito de la república, y en menoscabo de sus intereses, habrá llegado su última hora á la monarquía española;

Que mi intencion es que las tropas francesas permanezcan en España hasta el momento en que la república haga la paz con Portugal.

Que el menor movimiento de tropas españolas que tenga por objeto acercarse á los soldados franceses, será considerado como una declaración de guerra;

Que sin embargo, deseo hacer todo lo posible para conciliar los intereses de la república con la conducta é inclinaciones de S. M. Católica;

Que suceda lo que quiera, nunca consentiré en los artículos 5.<sup>o</sup> y 6.<sup>o</sup>

Que no me opongo á que vuelva á darse principio á las negociaciones entre el embajador de la república y el señor Paine, y que se lleve un formulario dia por dia de todas las negociaciones;

Que el embajador debe inculcar la idea al príncipe de la Paz y aun al rey y la reina que las palabras y hasta las notas injuriosas entre naciones tan amigas como lo son Francia y España, pueden ser consideradas como reyertas de familia, pero que la menor accion ó el mas leve escándalo atraeria la guerra sin remedio;

Que en cuanto al rey de Etruria si se le ha ofrecido darle un ministro, es porque no tiene á su lado una persona que pueda serlo, y porque para gobernar á los hombres es preciso entender alguna cosa de achaques de gobierno: sin embargo, desde el momento en que me dijo que tenia esperanzas de encontrar en Parma hombres capaces de ayudarle, no he insistido;

nuevo con el hombre á quien temia por el influjo y autoridad que su persona ejercia en la corte de España. Sin embargo, como era preciso tomar un partido acerca de la estraña é inconcebible conducta del gabinete de Madrid, y Mr. Talleyrand se hallaba ausente entonces en los baños, el primer consul le envió todos los documentos, recibiendo en contestacion una carta muy sensata en

Que con respecto á las tropas francesas que se hallan en Toscana, era preciso dejarlas allí por dos ó tres meses hasta que el rey de Etruria hubiese organizado su ejército;

Que los negocios de estado pueden ventilarse sin pasion, y que por lo demas me pagaria la corte española muy mal el deseo que tengo de complacerla si el rey permitiese que el oro corruptor de la Inglaterra pudiese lograr, precisamente cuando vamos á tomar puerto, despues de tantas angustias y fatigas, introducir en nuestras dos grandes naciones una desunion cuyas consecuencias serian tan terribles como funestas;

Que si no se hubier n dado tanta prisa en hacer la paz con Portugal, esto mismo hubiera acelerado la celebracion de la paz con Inglaterra etc. etc.

Vos que conceis á ese gabinete, podéis decir todo lo que pueda servir para ganar tiempo, impedir que se tomen medidas precipitadas, hacer que empiecen de nuevo las negociaciones, y al mismo tiempo imponer respeto poniendo á la vista de esa corte lo graves que son las circunstancias y las consecuencias que puede producir un paso inconsiderado.

Insinuad al embajador de la república, que si Portugal consintiera en dejar á España la provincia de Alentejo hasta la paz, esto podria ser un *mezzo término*, puesto que por este medio cumpliria la España á la letra el tratado preliminar.

Mejor quiero no recibir nada, que 15 millones en quince meses.

Despachad el correo que os envio directamente á Madrid.

BONAPARTE.



que daba su dictámen acerca de un asunto de tanta gravedad.

Segun Mr. de Talleyrand á nada conduciría el sistema de notas por muy buen éxito que la Francia pudiera prometerse, fundándose en los empeños contraidos, y en las ofertas que habian mediado de una y otra parte: encunto á la guerra con España, ademas de que alejaba el objeto que no era otro sino la pacificacion general de Europa, y de que contrariaba la verdadera política de la Francia, era una cosa risible en el estado lastimoso en que se encontraba la nacion española con nuestras tropas en medio de sus provincias y sus escuadras en Brest. Habia un medio mucho mas natural de castigarla cual era ceder á los ingleses la isla española de la Trinidad, única y última dificultad que se oponia á la celebracion de la paz en todo el mundo.

Efectivamente, ya estábamos libres de compromiso con respecto á España, por lo cual lo que habia que hacer, segun Talleyrand, era perder tiempo en Madrid y ganarlo en Lóndres, acelerando la negociacion con Inglaterra por medio de la cesion de la Trinidad (1).

(1) Damos lugar en estas páginas á la carta de Mr. Talleyrand por lo curiosa que es:

20 de mesidor año IX (9 de julio de 1801).

#### GENERAL;

Acabo de leer muy detenidamente las cartas concernientes á España, y creo que en caso de controversia siempre estará la razon de nuestra parte aunque no sea mas que recurriendo á la le-

Este parecer era muy razonable, y así lo reconoció el primer consul; pero sin embargo, llevando su pundonor hasta el extremo de defender á un aliado que iba siéndole infiel, comunicó á Mr. Otto su nuevo modo de pensar acerca de la Trinidad, diciéndole que estaba pronto á sacrificarla, pero sólo cuando no pudiese pasar por otra cosa, á menos de producir un rompimiento, y al mismo tiempo le mandó que insistiese en que la Ingla-

tra de los tres ó cuatro tratados que con dicha potencia hemos hecho este año; pero esto no sería mas que un alegato, y lo que conviene saber, es si ha llegado el momento de adoptar un plan definitivo de conducta con ese triste aliado.

Para ello voy á partir de los datos siguientes: España, valiéndome de una espresion suya, ha hecho *con hipocresia* la guerra contra Portugal, y ahora quiere hacer la paz definitivamente.—El príncipe de la Paz, segun nos dice, y creo sin dificultad alguna, anda en ajustes con Inglaterra, y el Directorio creia era un hombre vendido á esta potencia.—El rey y la reina dependen del príncipe, no era mas que favorito, y vedle ya convertido para ellos en hombre de estado y gran guerrero.—Luciano se encuentra en una situacion embarazosa de que sin remedio es preciso sacarle.—El príncipe emplea con bastante habilidad en sus notas esta frase: *el rey se ha decidido á hacer la guerra á sus hijos*, palabra que influirá algo en la opinion. Un rompimiento con España, es una amenaza que nada vale teniendo como tenemos sus buques en Brest, y hallándose como se hallan nuestras tropas en el centro del reino.—Creo que esta es nuestra situacion con respecto á España: ¿qué es, pues, lo que debemos hacer?

Empero, ahora, advierto que hace dos años que no estoy acostumbrado á pensar solo: cuando no os veo anda mi imaginacion á ciegas, y así probablemente escribiré cosas muy pobres; pero yo no tengo la culpa, pues faltándome vos me falta hasta la facultad de discurrir.

Me parece que España que siempre que se ha tratado de



terra aceptase en cambio de la Trinidad, la isla francesa de Tabago.

Por desgracia, la estraña conducta del príncipe de la Paz, habia entiviado mucho á nuestro negociador debilitándole mas y mas la noticia que llegó á Lóndres de haber capitulado en el Cairo el general Belliard. No obstante, la permanencia del general Menou en Alejandría favorecia, aunque poco, nuestras pretensiones, pero nuestra es-

hacer la paz, ha embarazado la marcha del gabinete de Versalles con sus desmedidas pretensiones. nos ha facilitado el camino en la actualidad, trazándonos la conducta que debemos observar: de consiguiente pademos hacer con Inglaterra lo que ella hace con Portugal, pues sacrificar los intereses de su aliado es poner á nuestra disposicion la isla de la Trinidad en las estipulaciones con Inglaterra. Si adoptais esta opinion será preciso apresurar algun tanto las estipulaciones con Inglaterra y entretenerá la diplomacia, ó por mejor decir, los sofismas de la corte de Madrid sin salir de los limites de una discusion pacífica, dando amistosas esplicaciones, tranquilizando al gobierno español acerca de la suerte del rey de Toscana, hablando únicamente de lo que interesa sostener la alianza etc. etc. En una palabra, perder tiempo en Madrid y precipitar las cosas en Lóndres.

Mudar de embajador en estas circunstancias seria dar un escándalo, y es preciso evitarlo si es que adoptais el sistema de contemporizacion que propongo. ¿Por qué no permitis á Luciano que vaya á Cádiz á ver los arsenales y que recorra los puertos? Durante su viage proseguiran su curso los asuntos pendientes con Inglaterra, no dejariais que esta nacion estipulase en favor de Portugal, y volveria á Madrid para tratar definitivamente de nuestra paz con la corte de Lisboa.

Mucho temo, mi general, no os huela mi opinion al agua mineral en que me estoy bañando, pero dentro de diez y siete dias valdré mas, renovandoos entre tanto la seguridad de mi cariño y respeto.

CÁRLOS MAURICIO TALLEYRAND.

cuadrilla de Boloña estaba destinada á conseguir la gloria de poner término á todas las dificultades de aquella larga negociacion.

Continuaban alarmados los ánimos en Inglaterra con los preparativos que se hacian en las costas de la Mancha, y queriendo tranquilizarlos, llamó el almirantazgo inglés á Nelson, que se hallaba en el Báltico, y le dió el mando de las fuerzas navales que se hallaban en aquellas aguas. Componianse dichas fuerzas de fragatas, bergantines, corbetas, y buques ligeros de todos tamaños, y como el célebre marino inglés era hombre dotado de un carácter emprendedor, todos abriganaban la esperanza de que destruiria la escuadrilla francesa, dando para ello un golpe atrevido de mano. El 4 de agosto (16 de thermidor) se presentó efectivamente al rayar el dia delante de la playa de Boloña con treinta embarcaciones menores, y enarbolando su pabellon en la fragata *Medusa*, tomó posicion á mil novecientas toesas de nuestra linea, es decir, fuera del alcance de nuestra artilleria, á escepcion de los grandes morteros. Era su intencion bombardear á nuestra flotilla, mandada por un bizarro marino llamado Latouche-Treville, dotado de un genio á propósito para la guerra, y habria alcanzado un porvenir muy brillante, si hubiese vivido. El valiente comandante obligaba las lanchascañoneras á que todos los dias hiciesen ejercicio; acostumbraaba á nuestros soldados y marineros á que subiesen con rapidez á bordo de los buques y desembarcasen del mismo modo, y por último, á que maniobrasen con celeridad y soltura.

El 4 se hallaba formada nuestra flotilla en



tres divisiones en una linea paralela á la orilla, á quinientas toesas de la costa y anclada, componiéndola grandes barcos provistos de cañones y sostenidos de trecho en trecho por bergantines. Todas aquellas embarcaciones llevaban á su bordo, ademas de los valientes marinos que las tripulaban, tres batallones de infanteria.

Nelson, colocó delante de su escuadrilla una division de bombardas, y dió principio al fuego á las cinco de la mañana arrojando una cantidad infinita de bombas; pues creyó que así destruiria la flotilla, ó á lo menos la obligaria á volver al puerto. Pero aquellos proyectiles, arrojados por grandes morteros iban á dar mas allá de nuestra linea, cayendo en la playa, y nuestros soldados y marineros, inmóviles bajo aquel fuego continuado, mas aterrador que mortífero, se mostraban tranquilos y alegres. Desgraciadamente no podian contestar al enemigo como hubieran deseado, porque construidas de prisa nuestras bombardas, apenas podian resistir al sacudimiento de los morteros, y la pólvora sacada de los acopios almacenados de antiguo en nuestros arsenales, era floja y no enviaba los proyectiles á la distancia apetecida. Nuestros marineros y soldados querian avanzar hácia los contrarios, ya para ponerse á tiro de cañon, ya para arrojarse al abordage; pero gracias á lo pesado de nuestras lanchas cañoneras, construidas sin los requisitos que despues enseñó la esperiencia, no podian moverse con facilidad, y merced al Nordeste que soplabá en aquel momento, el viento y la corriente los hubieran llevado hácia la linea inglesa, teniendo cuando quisiesen volver hácia la costa que darles el costado, ó lo que es lo

mismo, dejar descubiertos los barcos, pues los cañones estaban colocados en la proa. Fué preciso de consiguiente permanecer inmóviles bajo aquella lluvia de proyectiles que duró diez y seis horas, y que nuestros soldados, tanto de tierra como de mar, sufrieron con valor, mirando con semblante risueño las bombas que pasaban por cima de sus cabezas. El bizarro comandante Latouche-Treville se hallaba entre ellos con el coronel Savary, ayudante de campo del primer consul, teniendo nuestros soldados tal fortuna, que á pesar de que el número de las bombas arrojadas pasó de mil, ninguno salió herido de gravedad. Dos embarcaciones se fueron á pique sin que pereziese un hombre siquiera, y una lancha cañonera llamada la *Perversa* que mandaba el capitán Margoli, quedó atravesada de medio á medio; pero este valiente oficial trasladó la tripulacion á otros barcos, y permaneciendo á bordo con dos marineros, aunque la lancha hacia agua por todas partes, la condujo á la orilla, dejándola encallada en la arena antes que se fuese á pique.

Los ingleses, á pesar de lo mejor situados que se hallaban y la mala calidad de nuestra pólvora, salieron mas maltratados que nosotros, pues tuvieron tres ó cuatro hombres muertos ó heridos por los cascós de nuestras bombas.

Nelson se retiró sumamente mortificado, prometiendo que se vengaria dentro de unos dias, pues volveria con todos los materiales y pertrechos necesarios, y el almirante francés dispuso todo lo que era preciso para recibirle dignamente. Reforzó la linea, dándola mejores municiones, animó á marineros y soldados, quienes cada vez se



mostraban mas entusiasmados, orgullosos por haber desafiado á los ingleses en su elemento, y colocó á bordo de la flotilla tres batallones escogidos, sacados de las semi-brigradas 46.<sup>a</sup>, 57.<sup>a</sup> y 108.<sup>a</sup> para que ayudasen á los marinos como en las jornadas del 4.

Al cabo de doce dias, el 16 de agosto (28 de thermidor, apareció Nelson con una division naval, mucho mas respetable que la primera, dando á entender que iba dispuesto á un ataque formal, y talvez al abordage, cosa que deseaban los franceses.

Tenia Nelson treinta y cinco velas, muchas lanchas y dos mil hombres escogidos, y á la caida de la tarde ordenó las lanchas en derredor de la *Medusa*, distribuyendo su gente y dando sus instrucciones. Formadas estas lanchas en cuatro divisiones y tripuladas por soldados de la marina inglesa, debian aproximarse á fuerza de remos, y protegidas por la oscuridad de la noche, apoderarse de nuestra línea al abordage, mientras otra division compuesta de bombardas iba á colocarse no ya al frente de nuestra flotilla, posicion que habia producido mezquinos resultados en el bombardeo de 4 de agosto, sino hácia el costado á fin de cogerlas en filas.

A eso de media noche, aquellas cuatro divisiones mandadas por cuatro intrépidos oficiales, los capitanes Sommerville, Parker, Cotgrave y Jones, avanzaron con rapidez hácia la costa de Boloña, envolviendo y abordando á una embarcacion francesa, á cuyo bordo solo habia ocho hombres, y que estaba allí de centinela avanzada; pero se defendió con valor antes de sucumbir, sirviendo el ruido de su mosqueteria para avisar la llegada del enemigo.

Aproximábanse las cuatro divisiones inglesas á fuerza de remos; pero apenas las vieron nuestros soldados hicieron sobre ellas un fuego nutrido de fusileria y metralla. La primera division mandada por el capitan Sommerville, llevada por la marea hácia el Este, fué á parar mucho mas allá de nuestra ala derecha, á la cual debia atacar; las dos divisiones del centro, conducidas por los capitanes Parker y Cotgrave, siguieron la direccion que llevaban hácia nuestra línea, llegando á ella á la una de la madrugada, y atacándola abiertamente, y la que se hallaba á las órdenes del capitan Jones, despues de sostener contra nuestras embarcaciones un fuego vivísimo de fusileria, se arrojó sobre uno de los bergantines, los cuales estaban colocados entre nuestras lanchas para que las protegiesen. El *Etna*, que así se llamaba el bergantin mandado por el capitan Pevrien, se vió rodeado por seis peniches que intentaron tomarlo al abordage; pero aunque los ingleses lo escalaron con osadia, llevando á la cabeza á sus oficiales, los recibieron doscientos hombres de infanteria que los arrojaron al mar á bayonetazos. El valiente Pevrien, tuvo que habérselas cuerpo á cuerpo, y uno tras otro con dos marineros ingleses; mas aunque herido de una puñalada y de un bote de pica, mató á los dos, mandando luego que arrolló á los que habian dado el asalto, hacer fuego contra los peniches, fuego que derribó á la mayor parte de la gente que llevaban á bordo. Nuestras lanchas tambien recibieron con valor á los que intentaron abordarlas, librándose de ellos á hachazos ó bayonetazos, y mas lejos, la division mandada por el capitan Cotgrave abordó con vigor la línea de los